

Respuesta al ensayo bibliográfico de Jesús Millán

Josep Fontana

Jesús Millán me dedica una amplia, y pienso que inmerecida, atención en «La formación de la España contemporánea: el agotamiento explicativo del fracaso liberal». Confieso que hay cosas que no acabo de entender en este trabajo. Si se trata de una reseña pienso que llega tarde, a los ocho años de la publicación, y que no tiene mucho sentido que utilice para criticarme una bibliografía aparecida posteriormente, como, por poner un solo ejemplo, la excelente biografía de Isabel II escrita por Isabel Burdiel, que apareció cuatro años después de mi libro. La mención que hace en una ocasión de una «tercera edición» del libro está equivocada. No ha habido en ningún volumen de la historia que codirigimos Villares y yo ninguna nueva edición, sino tan sólo reimpressiones. El editor no nos ha ofrecido nunca a los autores la oportunidad de corregir o actualizar, ni siquiera en la reciente edición en tapa blanda, y si los volúmenes han seguido mereciendo la atención de nuevos lectores será porque consideren que hay todavía en ellos algo que aprovechar.

No creo tampoco que me hubiese dedicado, de tener la oportunidad de hacerlo, a rehacer el libro. No tengo ninguna pretensión de haber establecido verdades perdurables que deban defenderse a toda costa. Expuse en 2007 —en realidad el manuscrito se entregó en 2006 a los editores— una interpretación basada en el estado de los conocimientos que estaban entonces a mi alcance y no

es mi intención reivindicar autoridades permanentes, entre otras razones porque desde entonces me he dedicado a otras líneas de trabajo que, por una u otra razón, me interesaban más, de modo que me parecía más útil dedicarme a ellas que ocuparme de defender mi lugar en el escalafón del prestigio académico.

Ahora bien, si la intención no era hacer una reseña, sino hacer un juicio global de las interpretaciones del «fracaso liberal» que se me atribuyen, como parece sugerirlo que se hagan alusiones a lo que escribí en 1970 (!), Millán no cumple con la obligación de tomar en cuenta lo que he escrito y publicado con posterioridad.

No me parece oportuno hacer aquí una lista de estos escritos. Me limitaré a citarle unos fragmentos de la lección pronunciada en la Universidad de Valladolid, impresa en 2012, donde, en un intento de explicar la evolución de las tierras de lo que antaño se llamaba Castilla la Vieja, hice el siguiente planteamiento:

«Uno de los problemas fundamentales de nuestra historia agraria es que hemos tratado de buscar explicaciones globales, especulando o bien con la persistencia del Antiguo Régimen —cuánta literatura sobre la carencia de una revolución burguesa se escribió hace unos años—, o bien sobre modelos británicos o prusianos, o sobre otras cuestiones por el estilo, pero siempre con la pretensión de obtener explicaciones generalizables. Para acabar descubriendo que, al igual que sucede cuando consideramos las cosas en una perspectiva europea, necesitábamos también aquí, en una España tan diversa, un modelo que tomase en cuenta la dependencia del camino para explicar las diferentes vías que adoptó el proceso, dentro de un marco político común, en Valencia, en Andalucía, en Galicia o en Castilla la Vieja y que, a partir de este análisis, fuese capaz de mostrar las interdependencias que configuraron un modelo global [...] Se trata de no seguir hablando de progreso o de fracaso de la agricultura o de la industrialización españolas, estableciendo comparaciones superficiales con los casos de Gran Bretaña, de Francia o de Alemania, sino de analizar la realidad con el fin de definir un modelo del crecimiento español del siglo XIX que podamos situar en el marco de las diversas vías europeas, tomando en cuenta las interacciones que se producen entre zonas que evolucionan de forma distinta dentro del mismo marco político, así como el conjunto de los actores sociales, desde los grandes propietarios y sus representantes políticos en las Cortes hasta los pequeños campesinos, y desde los financieros y los grandes comerciantes hasta los trabajadores de las fábricas. Algo que nos ha de servir, además, para entender cuáles fueron las causas de que en esta

evolución compleja el capitalismo agrario castellano no consiguiera cuajar su proyecto industrial».

En el mismo texto hubiera podido ver que algunas de sus objeciones, como la de que «el descenso de la estatura media de los reclutas no fue peculiar de España», no están fundadas, porque si bien es verdad que se trata de un fenómeno que se produjo igualmente en la Inglaterra que se industrializaba —no así en Francia, que mantuvo mejor la pequeña propiedad agraria—¹ lo «peculiar» del caso español es que, como ha escrito Martínez Carrión, esta flexión se mantuvo en España «hasta las cohortes de 1880»², lo cual resulta excepcional en el marco europeo y es evidente que requiere una explicación que tal vez le obligue a Millán a revisar alguno de sus planteamientos.

O hubiese visto, en el mismo texto, que me aproximó a los problemas del campesinado en un marco cronológico y geográfico muy distinto al del carlismo, como el que se estudia en el espléndido libro de Moreno Lázaro³, muestra todavía demasiado rara de unas investigaciones que habrán de emanciparnos de la reiteración de los tópicos sobre campesinos y latifundistas, como trató de hacerlo en su tiempo el malogrado Antonio Cabral.

No voy a dedicarme aquí a rebatir las críticas de Millán a aspectos puntuales de lo que he escrito, como tal vez pudiera hacerlo, porque no me parece que la defensa de lo que escribí merezca tal esfuerzo. Si lo que quiere decir es que hemos de avanzar mucho más para llegar a entender en profundidad las transformaciones que la España del siglo XIX experimentó para alumbrar la de la «oligarquía y caciquismo» de comienzos del siglo XX, estoy plenamente de acuerdo con él. Si se trata de afirmar que mi libro de 2007, donde me dedicaba a hacer propuestas y no a enunciar verdades, no es más que una etapa, e incluso una etapa en alguna me-

¹ Sobre este tema véase Roderick FLOUD *et al.*: *The changing body: Health, nutrition and human development in the Western World since 1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

² José Miguel MARTÍNEZ-CARRIÓN: *Anthropometric History of the Iberian World. Lessons We Have Learned*, documento de trabajo núm. 1108, Asociación Española de Historia Económica, octubre de 2011.

³ Javier MORENO LÁZARO: *Los hermanos de Rebeca. Motines y amotinados a mediados del siglo XIX en Castilla la Vieja y León*, Palencia, Región Editorial, 2009.

didada caducada, del camino que deben seguir estas investigaciones, estoy también de acuerdo con él.

En lo que no estoy de acuerdo es en admitir que la respuesta que necesitamos se deba buscar por el camino que él propone al final de su escrito, cuando afirma que la formación de la España contemporánea se explica por la influencia de «dos factores que pocas veces coincidieron en un mismo país europeo: una amplia movilidad social, con la consiguiente remodelación de las elites, y el impulso duradero del soberanismo de la nación».

El primero de estos factores es propio del desarrollo del capitalismo y se da en toda Europa y fuera de ella. La amplia literatura que a este tema se ha dedicado en el caso de la Gran Bretaña del siglo XIX me ahorra insistir en ello.

Lo del «impulso duradero del soberanismo» me lo tendrá que explicar mejor, porque no acabo de entenderlo. Supongo que esto tiene que ver con lo de «un cierto análisis marxista» —ya salió la condena de costumbre— y el «cuestionamiento del estado nacional».

He estado últimamente estudiando el marco europeo en vísperas de la Primera Guerra Mundial para entender mejor las fuerzas que llevaron a ella, y veo impulsos de soberanismo por todas partes, incluso en los socialdemócratas alemanes marxistas, que votaron los créditos de guerra y aceptaron sumarse a la política de Burgfrieden y recomendar a los trabajadores que no hicieran huelgas.

Estoy de acuerdo con Millán en que necesitamos avanzar en el conocimiento de la historia de la España contemporánea, y estoy convencido de que él, que ha realizado muy buenos trabajos en el pasado, puede contribuir todavía mucho en el futuro a esta tarea. Pero será mejor que deje de polemizar con lo que se escribía en 1970 y dedique sus esfuerzos a tareas más positivas que la de ponerme en la picota. Yo espero mucho más de él.